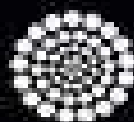


COLECCIÓN
CIENCIAS Y
HUMANIDADES
PARA MÉXICO

Investigación y construcción de la economía social desde la epistemología del Sur

Ricardo Contreras Soto
Óscar Lozano Carrillo
Ricardo Antonio Tena Núñez
Patricia Couturier Bañuelos
COORDINADORES



CONAHCYT

CONSEJO NACIONAL DE CIENCIAS Y HUMANIDADES
CONACYT

COLECCIÓN CIENCIAS Y HUMANIDADES PARA MÉXICO

El Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (Conahcyt) difunde, a través de la colección Ciencias y Humanidades para México, obras de investigación científica y humanística que aportan conocimientos para el desarrollo y bienestar de nuestro país.

Las personas autoras, tanto nacionales como extranjeras, son profesionales y académicas altamente capacitadas en la investigación humanística y científica, dedicadas a la atención de las principales temáticas y los problemas prioritarios de México, así como del contexto latinoamericano.

Con la publicación de estos trabajos se conforma un corpus valioso, accesible para estudiantes de educación superior, así como profesionales especializados y no especializados. De igual forma, el público general podrá completar o enriquecer su formación mediante la lectura y el estudio de sus páginas.

Los libros de esta colección abordan cuestiones fundamentales y de interés, como salud, movilidad, soberanía alimentaria, migración, cambio climático, transición energética, educación, artes y literatura, y contribuyen al diálogo e intercambio de ideas sobre temas actuales que remiten a nuestras realidades.

De esta manera, el Conahcyt y el Fondo de Cultura Económica han unido esfuerzos para hacer de esta colección una muestra significativa de las visiones y los conocimientos que las y los expertos tienen respecto de algunos temas sobresalientes que hoy se debaten en México y América Latina.







Investigación y construcción de la economía social desde la epistemología del Sur

COLECCIÓN
**CIENCIAS Y
HUMANIDADES
PARA MÉXICO**



Investigación y construcción de la economía social desde la epistemología del Sur

Ricardo Contreras Soto
Óscar Lozano Carrillo
Ricardo Antonio Tena Núñez
Patricia Couturier Bañuelos

COORDINADORES



CONAHCYT
CONSEJO NACIONAL DE HUMANIDADES
CIENCIAS Y TECNOLOGÍAS



**FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA**



Primera edición, 2023

Investigación y construcción de la economía social desde la epistemología del Sur / coord. de Ricardo Contreras Soto... [et al.] — México : FCE, Conahcyt, 2024
571 p. ; 23 x 17 cm — (Colec. Ciencias y Humanidades para México)
ISBN 978-607-16-8509-4 (FCE)
ISBN 978-607-8273-48-5 (Conahcyt)

1. Economía – Aspectos sociológicos – América Latina 2. Desarrollo económico – Aspectos sociales – América Latina 3. Economía – Filosofía - América Latina I. Contreras Soto, Ricardo, coord. I. Ser.

LC HB72

Dewey 330.01 I656

Distribución



CONAHCYT
CONSEJO NACIONAL DE HUMANIDADES
CIENCIAS Y TECNOLOGÍAS

D.R. ©Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías
Av. Insurgentes 1582, col. Crédito Constructor,
Benito Juárez, Ciudad de México, CP 03940

D.R. ©Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco 227, col. Ampliación Fuentes
del Pedregal, Ciudad de México, CP 14110

© Ricardo Contreras Soto
© Óscar Lozano Carrillo
© Ricardo Antonio Tena Núñez
© Patricia Couturier Bañuelos

© Ilustración. Juan Octavio Díaz Ruiz

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías.

ISBN 978-607-16-8605-3 (FCE)

ISBN 978-607-8273-48-5 (Conahcyt)

Impreso y hecho en México



Introducción

Nos hemos reunido de distintas partes de América Latina para abordar temas que se consideran relevantes sobre la economía social y solidaria (y las otras economías antihegemónicas) para la sociedad. El organismo que convocó a esta reunión fue el Foro Social Mundial, realizado en México en mayo de 2022. Propusimos allí una iniciativa que denominamos “Investigación de la economía social desde la epistemología del Sur”.¹ Allí distintas destacadas investigadoras e investigadores internacionales, instituciones y organizaciones se reunieron con el propósito de compartir, formular y replantear sus investigaciones en el campo de la economía social: conocer las formas de organización propias de esta economía, los avances que se han realizado en distintas modalidades, sus necesidades, las diversas experiencias, los problemas y contradicciones, pero, sobre todo, conocer los fundamentos teóricos y metodológicos, lo mismo que sus propuestas, análisis, diagnósticos y debates.

En lo referente a la importancia de la iniciativa contenida en la “Investigación de la economía social desde la epistemología del Sur”, nos manifestamos en la búsqueda legítima de generar conocimiento para construir las plataformas necesarias a fin de promover la economía social e impulsar el derecho universal de las personas a conocer mejor el tema y sus implicaciones, principalmente en los países de América Latina, sin abandonar nuestras necesidades, problemas, posiciones, situaciones particulares, postulados críticos y saberes nativos y populares.

¹ La cual quedó registrada en <https://join.wsforum.net/initiatives/16623>

Se aspira a generar trabajos de alta incidencia social e indagaciones propias y originales en nuestros territorios, así como a participar con colaboraciones internacionales, a la vez que se procura guardar cada vez mayor distancia hasta romper con el neocolonialismo, el neoliberalismo, el *management* de la economía neoclásica, las recetas desarrollistas del progresismo y otros planteamientos y formas de dependencia cultural, económica, política, teórica y académica. Casi todos los investigadores e investigadoras que colaboramos en este libro partimos de los principios de la epistemología del Sur, que es un movimiento social amplio, principalmente latinoamericano, deslindado de las teorías colonizantes en las ciencias sociales y las humanidades. Partimos también de la ruptura con el eurocentrismo de juicio “científico” que dictamina con prejuicios “lo que se debe conocer, lo que se debe investigar, lo que se acepta como verdad”. Esta ruptura se extiende, inevitablemente, a las metodologías de investigación extractivistas, que saquean la información sin beneficiar con los resultados de sus trabajos de investigación a los grupos y comunidades donde se generaron, sin atender a las necesidades que éstos tienen ni consultar lo que en verdad quieren.

Se debe denunciar la explotación social, hacer la crítica profunda al sistema capitalista (como eje del problema central), sin excluir de tal crítica la discriminación, la desigualdad social, la crisis civilizatoria del capitaloceno ni el extractivismo que acompaña a lo anterior, incluidas sus formas de investigación. Nuestra epistemología intenta abrir espacios al conocimiento mediante investigaciones colaborativas, crítico-propositivas, que mantengan su equilibrio conceptual y contemplen el rescate y la regeneración de los saberes, así como el encuentro mediante el diálogo de los éstos y las “epistemologías otras” y, sobre todo, el fomento de los procesos sociales de transformación y reconciliación.

En una palabra, pretendemos contribuir a que nuestras sociedades desarrollen economías para la vida transformadas socialmente, con ciertos cambios de *habitus* colectivos orientados a lo que debemos definir (y construir) como *buen vivir*, con niveles de contribución solidaria,

emancipada, capaz de dignificar a los agentes de las clases subalternas, de recuperar las culturas propias y, de esta manera, ayudar a consolidar los puentes de la interculturalidad como relaciones fundamentales, con compromiso para regenerar y conformar nuevos sistemas socioambientales.

Por lo anterior, hemos planteado la posibilidad de una ruta adecuada posible a estos principios que permita liberarnos a fin de construir, de manera seria y colectiva, caminos propios basados en el diálogo con las ciencias sociales y las humanidades, y con otros saberes, para realizar investigaciones multidisciplinarias (e ir edificando la transdisciplinariedad) que nos den la oportunidad de estudiar las cosas y los fenómenos complejos, y actuar, entender y transformar mediante la economía social y las otras economías no hegemónicas el mundo en que vivimos sin perder la exigencia de nuestros campos de trabajo científico.

La economía social busca reconstruir, con postulados diferentes, más orientados a la recuperación de la vida, la autogestión y la acción colectiva directa, es decir, las formas más democráticas de participación y compromiso. No es sólo un tema de decisión, también lo es de acción y transformación de las cosas, a fin de que las personas recuperen sobre todo capacidades de organización más autodirigidas y vinculantes –con mayor corresponsabilidad y participación–, de acuerdo con sus necesidades, experiencias, saberes ambientales (distintos de los sistemas de calidad ambiental), que implican compromisos de reproducción de la vida más profundos e importantes que los hasta ahora asumidos, así como replanteamientos del cuidado de sí. Nosotros, todos, somos sujetos colectivos y necesitamos reformulaciones más afines socialmente en torno a las articulaciones de las agrupaciones y organizaciones en el contexto y el territorio, en los planos de la economía, la política y los procesos sociales y culturales.²

² Esto es muy importante, porque las abstracciones de la opción racional, según la cual los sujetos "individuales" actúan de acuerdo con la ambición personal y egoísta, es una entelequia académica en el capitalismo.

De antemano sabemos que hay todo un interés por desacreditar, confundir y sabotear la “epistemología del Sur” que aquí se propone, ya que afecta al pensamiento neocolonialista. Al fragmentar este movimiento, focalizarlo y dispersarlo dentro de sus territorios, aislándolo (“balcanizándolo”), al impedir su vinculación a los movimientos y a las luchas comunes en el sistema mundial, en la nación o en la región, se corre el riesgo de olvidar el objetivo de las luchas principales, que es vincular los movimientos con sus saberes y sus conocimientos del Sur –para generar masa crítica y creativa–. Al romper y dismantelar las articulaciones y las propuestas de trabajo concreto y la importancia de enfoques distintos, por ejemplo, los elaborados en universidades y comunidades, se hacen evidentes los enormes obstáculos que hay que vencer y las fallas propias que hay que evitar. Entre otros: enredarse en una especie de “antiacademicismo” y negar la importancia de la investigación social que se requiere, lo que nos deja perdidos y acéfalos de lo que sucede en América Latina; no centrarse en la recuperación de los saberes y su divulgación y transmisión, lo cual nos conduce al olvido de la lucha contra la desigualdad cultural que permitiría retomar las riendas autogestivas y vinculantes de los movimientos sociales; evitar el fomento efectivo del diálogo de saberes cuando se silencia a los investigadores; hacer *tabula rasa* de las ciencias y los procesos culturales dando saltos al vacío sin saber qué se busca y qué se quiere; negar, por consiguiente, las formas anteriores de trabajo; dejar embarcados a los grupos humanos con tareas y procesos que no son claros, sin que existan las condiciones de transformación; perderse en discursos esotéricos, modas futuristas, eufemismos y la “fiesta hippie” (donde se folclorizan lo local y las representaciones de la alteridad); canalizar el sentimiento de odio hacia linchamientos sociales públicos (y no en justicia restaurativa y prevención); reescribir, copiar la propuesta actual, en Sur-Sur; confrontar al movimiento de la epistemología del Sur como enemigo (con fuerzas de izquierda y progresistas); dar por hechas cosas que aún no se dan ni se construyen; entre otras cuestiones. Queda claro

que la lucha por el conocimiento y los saberes parte de una movilización más amplia dirigida a la transformación social.

Se propone aquí, pues, la difusión de los buenos saberes. Este libro fue escrito a partir de diferentes ópticas. Las perspectivas, enfoques, experiencias y planteamientos pueden converger, básicamente, en aspiraciones y propósitos. Pero estamos en un sistema que se está reacomodando y no tenemos la certidumbre de lo que va a pasar el día de mañana; hay demandas en los movimientos sociales que exigen un cambio radical, mientras que, en el sistema mundial, las poderosas fuerzas sometedoras tratan de reagruparse para mantener sus dominios.

El libro está dividido en dos partes. La primera incluye trabajos que giran en torno a la teoría y los principios rectores. La segunda incluye trabajos que abordan, desde distintos temas, las experiencias, aplicaciones, casos, tendencias, prácticas y comportamientos concernientes a la economía social y las buenas prácticas colectivas para el buen vivir.

TEORÍA

Es importante señalar que en este libro participan destacadas investigadoras, precursoras de la economía social a nivel mundial, en América Latina y en México. La doctora Laura Collin Harguindeguy y la doctora María Arcelia Gonzáles Butrón formulan un balance sobre la economía social en el primer capítulo del libro “Economía solidaria en México: trayectoria de una búsqueda por otros mundos posibles”. Para entender la situación actual, ellas parten del análisis de las transformaciones económicas que supuso el llamado ajuste estructural de las políticas neoliberales; esbozan también los cambios en el papel del Estado y en algunos fundamentos del capitalismo de mercado total para entender los efectos del cambio de modelo. De manera paralela, destacan el surgimiento de respuestas contra el neoliberalismo y de alternativas económicas desde la movilización popular, hasta llegar a la economía solidaria y la construcción de otras economías transformadoras. Finalmente, proponen



y formulan una revisión crítica que contempla los problemas del calentamiento global y que se abre a la reflexión en torno a la construcción de una economía para la vida.

El segundo capítulo, “Economías contrahegemónicas y la reproducción de la vida: un análisis desde las epistemologías del Sur”, de nuestra compañera Aline Mendonça dos Santos, plantea el surgimiento y el contraste que ofrecen, las llamadas “otras economías contrahegemónicas” u “otras economías alternativas”, donde las formas de producir y vivir, con la economía solidaria, se afirman como una contribución a las epistemologías del Sur. No sólo porque hace visibles experiencias que históricamente se situaron en un sitio muy periférico, sino también porque implica en sí misma la importancia de voltear a ver los casos de solidaridad popular y sus dimensiones emancipatorias, considerando que sólo pueden entenderse en su totalidad si se perciben en una línea de tiempo que atente contra las pautas culturales, los sistemas de vida en común y, en consecuencia, los procesos que los propiciaron. Este trabajo es un ejercicio de entendimiento de las otras economías en el marco de las epistemologías del Sur; actualiza una reflexión acerca de un elemento ético que comprende el conjunto de estas experiencias, tales como la reproducción de la vida considerada como contrahegemónica.

El tercer capítulo del libro aborda el tema de la “Economía sustentable y solidaria como palanca para el cambio de paradigma”. Pedro Moctezuma Barragán y Antonio Mendoza Hernández, los autores, rastrean a lo largo de su trabajo las construcciones de la economía social como opuestas a la economía extractivista capitalista, que destruye todo a su paso, afecta el hábitat natural poniendo en riesgo la vida humana en el planeta y despoja a los individuos que viven en el territorio –desde la privatización de requerimientos en sus demandas vitales–, al convertirlos en sujetos de consumo dentro de una estructura perniciosa de sistema económico. Los autores señalan la fórmula de la economía convencional: (los enfoques económicos de optimización, equilibrio y escasez que van a cuantificar los esquemas de actividad en la economía que



genera dos puntos ciegos en los modelos mercantiles en los que se basa la economía neoclásica). La ausencia en el ciclo económico de actividades extractivas, al inicio del proceso, y de las actividades de desecho, en la fase final. El ciclo limita las actividades de producción, distribución y consumo, omite la manera en que se obtiene el “recurso” (por extractivismo), así como los daños directos y colaterales a la naturaleza y a la sociedad (con la acumulación de desechos materiales), al mismo tiempo que la fuente de esos “recursos” no se regenera y llega a perderse de manera definitiva. En la segunda parte del capítulo se replantea la vida desde la economía social y se hace una recapitulación en la historia de ésta en México considerando elementos sociales fundamentales: el movimiento cooperativista, los pueblos originarios, las comunidades eclesiales y las experiencias en los ámbitos de gobierno, incluida una reflexión acerca de los caminos que falta construir para llegar a la transformación de nuestra realidad.

El cuarto capítulo está a cargo de la doctora Maya Lorena Pérez Ruiz, antropóloga, y del doctor Arturo Argueta Villamar, biólogo. Ellos son investigadores que han trabajado en profundidad aspectos relacionados con temas como etnobiología, saberes tradicionales, diálogo de saberes, agroecología, pueblos indígenas, migraciones rural-urbanas, patrimonio biocultural, gestión intercultural, entre otros, todos los cuales nutren este capítulo titulado “Retos para un diálogo de saberes entre actores con sistemas de conocimiento distintos”. La reflexión gira sobre aspectos básicos implicados en la noción de *diálogo de saberes*, entendida como una conversación entre actores con epistemes y sistemas ontológicos distintos, si bien interesados en conocerse e interactuar bajo la premisa de acuerdos y finalidades previamente establecidos. Desarrollan su propuesta desde una posición ética y política que postula emprender tareas de colaboración respetuosa, horizontal y para el bien común. Delimitar de esa forma las fronteras de dicha noción los lleva a recuperar los antecedentes teóricos que han contribuido a delinear un marco cognitivo, discursivo y de acción política con el fin de darle un sentido específico

a un intercambio de conocimientos que permita encausar las alianzas entre actores diversos, sean éstos integrantes de pueblos indígenas campesinos, de pueblos afrodescendientes, investigadores, ambientalistas o defensores de los derechos de los pueblos, entre otros. Bajo esta óptica, los autores plantean la caracterización del diálogo de saberes, los componentes básicos para construir una plataforma que lo permita y los retos que se vislumbran para su puesta en marcha, mediante la identificación de las tres vertientes actuales de su utilización y de sus finalidades.

El capítulo quinto, “La milpa como epistemología”, escrito por nuestra compañera Laura Collin Harguindeguy, hace un planteamiento novedoso basado en la analogía de las prácticas del campo y los procesos biológicos con los procesos cognitivos. La analogía consiste en retomar las actividades y los procesos como categorías para el conocimiento: diversidad, complementariedad, reciprocidad, interdependencia, categorías semejantes a las que promueven las teorías de la complejidad. Se propone, desde esta perspectiva, lo no unilineal. Como pensamiento relacional, considera la importancia simultánea de la diversidad generada en interacciones y dinámicas; la complementariedad que genera la diversidad en distintos momentos y procesos que dan forma a un trabajo; una intervención que fusiona beneficios y articulaciones, correspondencias distintas o un dualismo paralelo de procesos distintos, así como la unión que se requiere de todas las partes en un estado de sinergia. Más que una metáfora, es una idea que emerge de procesos sociales y biológicos, muy sugerente, y que permite pensar las cosas en relaciones integrales.

El sexto capítulo, que trata sobre “El robo a los saberes indígenas, la lucha por el reconocimiento y la necesaria popularización del conocimiento”, escrito por Ricardo Contreras Soto, Ricardo Antonio Tena Núñez y Felipe Heredia Alba, denuncia el robo, el saqueo y otras formas de epistemicidio en relación con los saberes tradicionales indígenas. Aquí se aborda también la manera en que se intenta imponer formas de cultivos (y de trabajo/consumo) a los grupos indígenas y campesinos, que representan la amenaza a la riqueza de la biodiversidad al fracturar y liquidar métodos

milenarios de selección y control de semillas, para crear una dependencia económica, política y cultural que encadena a los productores locales a las ofertas de las transnacionales y a sus países bajo leyes amañadas. De ahí los peligros que amenazan a la seguridad alimentaria. De la misma manera, vemos la importancia de la lucha por el reconocimiento de los saberes, para recuperar ese acervo tradicional que se ha generado a partir de culturas indígenas y afroamericanas (principalmente), y que se mantiene vigente entre núcleos humanos en sus prácticas de cuidado de la salud y en la interacción con la naturaleza, en su visión del cosmos y de la sociedad. Junto con otros planteamientos, el reconocimiento de dichos saberes está latente bajo la hegemonía neocolonialista, que los mantiene en el olvido, y vuelve invisibles a los generadores de esas formas de sabiduría y a sus prácticas. Se esboza el dilema de los saberes y el *conocimiento*, se cuestiona con mucha fuerza: ¿qué conocimiento científico es el que dictamina el monopolio de la verdad en la época del neoliberalismo? Es decir, qué perspectiva de ciencia se quiere retomar: si una ciencia depredadora o las ciencias de la vida (por llamarles de alguna forma). Se habla de socializar el conocimiento y los saberes para actos del derecho universal y para emancipar a las sociedades.

Aborda el “Vivir sabroso y buen vivir”, el séptimo capítulo de las compañeras y compañeros José de Jesús Rivera de la Rosa, Citlalli Olivares Méndez, Verénice Reyes Cristóbal y Héctor Armando Navarro Algarra. Sostienen que el buen vivir es uno de los ejes de la economía social, pero el *vivir sabroso* es ya una expresión de lucha, trabajo, memoria y resignificación en regiones en Colombia. Es una puesta en práctica de formas de vida y convivencia desde la población afroamericana, trasplantada al continente de manera brutal, como esclava para el trabajo en las minas, los campos de algodón, las haciendas y plantaciones, etcétera, y que ha desarrollado una lucha histórica para romper las cadenas de la esclavitud, para re-existir compartiendo sus ritmos y sus estéticas, sus cantos y sus visiones, sus sabores y sus saberes, su pensar y su sentir. El camino que propone este capítulo es retomar las bases en que se apoya



la construcción (teórica básica). Se abren los horizontes ante la mirada (epistemología del Sur) y, al mismo tiempo, se vislumbran las aportaciones del vivir sabroso, de los buenos vivires, de las pedagogías del buen vivir, de los buenos vivires para las mujeres.

El octavo capítulo corresponde a “La economía social en las organizaciones populares de tradición indígena, propuesta para construir una administración social”, de Ricardo Contreras Soto. Se expone allí que hay suficientes problemas como para iniciar ya los cambios necesarios en cuanto a organizar y administrar otras formas de hacer economía. Se parte de que es necesaria la emergencia de una economía diferente, distinta a la neoclásica, y otra administración, distinta a la gerencial. La administración social se está diseñando bajo la necesidad de vincularse como respuesta consciente, junto con otro tipo de orientación social, a la búsqueda de un apoyo instrumental de carácter científico-técnico-organizacional basado en otros saberes, y además, como auxiliar en los fundamentos de los procesos organizativos sociales, humanos y ecológicos que permita impulsar los proyectos alternativos contruidos desde diversas tradiciones dentro de la economía, como la economía social y solidaria y otras economías antihegemónicas. En este trabajo se retoman las experiencias de algunas formas de organización existentes entre los grupos indígenas en México: asamblea, tequio, faena, mayordomía, conquista, milpa, trueque, guelaguetza. Se repasan principalmente sus formas de reciprocidad, cooperación, redistribución, compromiso, etcétera, con objeto de hacer una propuesta de orden y gestión dentro de la economía social. En gran parte las formas de organización popular en el México profundo y que aún no son visibles ni percibidas en las formas actuales de pensar la economía coexisten y están presentes en la producción, la distribución y el consumo de la vida cotidiana, con una fuerza que no corresponde a la de hacer negocios. Se retoma en este estudio la diversidad de estas economías indígenas, que, por su grado de cooperación colectiva y responsabilidad social, no son compatibles con la economía dominante. Se propone, pues, un proceso administrativo distinto: soñar,

hacer, cuidar, reparar, colaborar, recrear, formar, acordar en acción. Son los principios básicos necesarios para hacer el trabajo y las transformaciones sociales necesarias.

SEGUNDA PARTE: EXPERIENCIAS, APLICACIONES, CASOS, TENDENCIAS, PRÁCTICAS Y COMPORTAMIENTOS

Ya en la segunda parte, el noveno capítulo, titulado “Cooperativas y política industrial: una vía al desarrollo mediante la redistribución del valor agregado”, de Rodrigo Aliphath e Ivette Ayvar, tiene como propósito exponer el potencial específico que presentan las cooperativas de producción para ser consideradas, dentro de una política industrial, como una vía estratégica en el desarrollo económico de México (y de otros países). Dicha afirmación se sostiene, principalmente, en que las cooperativas, por un lado, han demostrado su eficiencia económica y social al ser rentables y generar externalidades positivas a la sociedad –tanto en países desarrollados como en los en vías de desarrollo–; y, por otro lado, tienen la capacidad de redistribuir el excedente bruto de operación (EBO) hacia los hogares. Así, con base en coeficientes técnicos, es posible estimar los efectos de arrastre en el incremento de la producción de bienes manufacturados en 1, 10 y 15% de las importaciones manufactureras realizadas por el mismo sector 31-33.³ De esta simulación se desprende un efecto positivo, en materia de remuneración y de EBO. Es decir, las cooperativas representan un camino para que la sociedad acceda a mejorar su calidad de vida mediante la generación de riqueza y su distribución de forma social. En contra de lo que podría esperarse, los países desarrollados son los que más cooperativas tienen. En efecto, Estados Unidos, Francia, Alemania y Japón concentran 55.66% de las 300 cooperativas más importantes del

³ De acuerdo con el Inegi y al Sistema de Clasificación Industrial de América del Norte, México SCIAN 2018, el sector 31-33 es el manufacturero.

mundo. Este trabajo describe de manera sintética las principales aportaciones y potencialidades de las cooperativas en el desarrollo económico de las sociedades donde se encuentran, lo que las hace ser consideradas dentro de una política industrial, en virtud de difundir y convencer a la sociedad y a la clase política de las bondades de las cooperativas para alcanzar el bienestar económico y social.

El capítulo décimo, de Carlos Mario Yory, titulado “Cuarta vía: alternativa de desarrollo social comunitario concebida a partir de la construcción social del hábitat y el fortalecimiento de la base organizacional”, es una conceptualización en torno al papel de la autoproducción social de la vivienda y el hábitat, acotada desde la amplia perspectiva de la construcción social del territorio. Esto se entiende como una estrategia de desarrollo social comunitario que ilustra, a través de un par de casos de estudio coordinados por el autor en México y Colombia, tanto la pertinencia como los alcances y posibilidades de hacer ciudad mediante la construcción-apropiación colectiva del espacio común compartido, el cual, en sus múltiples escalas y niveles de responsabilidad, abarca desde la unidad barrial hasta el nivel planetario. En tal sentido, es una propuesta alternativa de desarrollo concebida desde las epistemologías del Sur a través de lo que el autor denomina *cuarta vía de desarrollo*. Para ello se sirve de una metáfora computacional que explica, desde las nociones de *hardware*, *software* y *orgware*, en cualquier caso de desarrollo, las posibilidades que un modelo social comunitario, concebido desde la autogestión y el empoderamiento social ciudadano, ofrece a la apropiación democrática incluyente y corresponsable del territorio. Desde aquí, la reflexión apunta a establecer el papel del *orgware* de desarrollo (la base social organizativa y comunitaria) en el proceso de transformación de las políticas públicas y de sus instrumentos de captura y control, como la planeación y el ordenamiento territorial (*software* del desarrollo), desde la perspectiva —ésta es su utopía— de transformar con el tiempo el *hardware* del desarrollo (el modelo económico y político vigente). Es un modelo que se ha venido poniendo a prueba, entre otros escenarios, en los casos del Laboratorio

de Habitabilidad (Ciudad Juárez, México, Infonavit) y del modelo de gestión social Nuevos Afectos, Nuevos Territorios (Bogotá, Colombia, Caja de la Vivienda Popular). En ambos casos destaca la importancia de los saberes locales como medio para alcanzar el poder popular.

El capítulo decimoprimer o aborda el problema de las “Fábricas recuperadas, nuevas configuraciones sociales. Notas sobre el estado de la discusión”, de nuestro colega Alejandro Espinosa Yáñez. El autor retoma los casos de las empresas argentinas para analizar el sentido social de éstas, las distintas formulaciones que plantean los ~~diferentes~~ teóricos, las reflexiones sobre los problemas, los conflictos capital/trabajo y las formas de organización, entre otros temas transversales que aborda. Atiende primordialmente tres ejes de la discusión. El primero es “la lucha por sobrevivir” en el mercado capitalista; se reconocen las afectaciones de los cambios de política económica (neoliberales), y con qué consistencia y experiencia han desarrollado las formas de adaptación de las organizaciones que así intentan mantenerse en este medio. El segundo es “la lucha entre el *homo œconomicus* y el *homo socialis*”, dos paradigmas que se presentan opuestos en las organizaciones cooperativas, aun cuando los sistemas disciplinarios sean distintos y los criterios de subsistencia sean predominantemente económicos; también trata acerca de cómo ello afecta a la subjetividad colectiva de los trabajadores, pues su fuerza de sobrevivencia es su solidaridad y su cohesión social, por lo que entonces emerge la otra cara del cooperativismo. Finalmente, la situación de la “tecnología heredada *ad hoc* a la división del trabajo del capital”, el último eje desarrollado, es útil para reflexionar otro aspecto del poder en la organización del trabajo ~~en lo interno~~. Tanto las tecnologías como los procedimientos o métodos de trabajo rigen las formas de producción, al imponer estilos de práctica social en el interior de las organizaciones, en el plano de la dominación que a cada paso determina y ordena el trabajo. La pregunta es si la tecnología contemporánea influye con sus métodos, y con el paso del tiempo, en los sistemas de autogestión de las cooperativas, caracterizadas por su escaso margen de maniobra productiva y las

restricciones del mercado.

El siguiente capítulo, el decimosegundo, de Ricardo Contreras Soto, Óscar Lozano Carrillo y Ricardo Antonio Tena Núñez, se titula “Procesos sociales, contexto y estrategias de la economía social en México”, y tiene como punto de partida la coyuntura de finales de 2022 en el sistema mundial. Hace un recorrido escueto por los antecedentes latinoamericanos y el contexto en México, y expone la distancia real con respecto a las experiencias de organizaciones colectivas (cooperativas, sindicatos, ejidos, cajas populares, etcétera) del espíritu que se corrompió con las prácticas poco democráticas del corporativismo y el sabotaje del neoliberalismo. Más adelante se expone la posibilidad de que la economía social pueda contribuir con sus prácticas a la transformación de la sociedad y abrirse a una serie de organizaciones sociales, no sólo al cooperativismo, sino también a otras formas de organización popular. Por último, se proponen estrategias: organizar ecologías colaborativas en sistemas socioecológicos, lo que ha funcionado en las “formas de hacer milpa”, en otros trabajos comunitarios y de colaboración, y descentralizar la unidad económica como el “solo” espacio del trabajo para abrirse a otros centros de trabajo y, sobre todo, a la comunidad. Esto es visto con esquemas de articulaciones elementales, pero importantes, para tener fuerza como movimiento en la economía social al hacer frente a las fuerzas hegemónicas del capitalismo. (Esto nunca lo van a decir la Organización Internacional del Trabajo ni las organizaciones “descafeinadas”, o “blancas”, al hablar de la economía social.)

El decimotercer capítulo, “Utopías en América Latina, cuestionamiento del porvenir de la economía social y solidaria: complejidad entre ecoutopía y distopía en las ciudades”, de nuestra compañera María Guadalupe Valiñas Varela, plantea el concepto de *ecoutopía*, que ha sido trabajado en relación con las ciudades soñadas e ideales desde la perspectiva ecológica y de sustentabilidad, lo cual es abordado por algunos teóricos con base en tres pilares: lo social, lo ambiental y lo económico. Si bien el prefijo “eco” relaciona los términos con ese concepto, también podemos

abordarlo desde una economía utópica, donde el fin sea el placer del buen vivir, o lo relacionado precisamente con el hedonismo, o el lujo, sin dejar de cuestionarnos si eso es parte de algo estético o una antiestética moderna fomentada por el consumo. Lo contrario sería una distopía, es decir, visualizar el futuro de las ciudades y los asentamientos humanos en un proceso de declive. El objetivo es que tal proceso no ocurra. De ahí que la idea se fundamente en el logro del bienestar social futuro, en todas sus dimensiones, como parte de una realidad posible. Las preguntas que hace esta investigación se orientan a saber o a poder identificar las utopías que han sido generadas en América Latina. La metodología se relaciona con los sistemas complejos desde una perspectiva de métodos y técnicas conjuntas, como la etnografía urbana y la semiótica ambiental. En una frase, esta investigación se propone identificar las realidades actuales y contrastarlas con la imagen futura de las ciudades, según éstas eran visualizadas años antes, y de esta manera establecer dónde estamos y hacia dónde van nuestras ciudades en su conformación y estructura. El recorrido va desde ciertos antecedentes latinoamericanos, a fin de abordar la complejidad simbólica desde el análisis etnográfico urbano y semiótico, la semiosfera y la sociosfera que nos rodean, para terminar, según el planteamiento hecho, en la realidad como contradicción y parte del caos ante las ecoutopías.

El decimocuarto y último capítulo, “Economía social: estructura social y consideraciones para su desarrollo”, es de la compañera Diana del Consuelo Caldera González y del compañero Miguel Agustín Ortega Carrillo, quienes de manera breve exponen su propósito: aportar, desde una investigación documental, elementos que permitan comprender la economía social y su estructura, sus componentes y los retos para su desarrollo. Resalta la búsqueda de la colectividad y del bien común con un trasfondo ético, al tiempo que se señalan ciertas situaciones que ponen en riesgo el cumplimiento de la misión de esta economía. Este capítulo es muy didáctico y permite entender varias configuraciones personales que intervienen en la economía social. Parte, a manera de introducción, con

algunos referentes teóricos respecto de variados aspectos de la economía social; luego viene el examen de cómo enfrentar el dilema de las consecuencias no esperadas; después, se expone la relevancia de la diversidad de interacciones sociales y, por último, se abordan referencias éticas y los riesgos que se corren en la implementación de la economía social, aun cuando haya buenas intenciones, ya que muchas veces predominan la emoción, la aspiración y la ambición, y de los propósitos se pasa a las motivaciones y después a las decisiones; los autores se muestran precavidos, algunas veces escépticos, pero siempre observan las empresas sociales por la cuerda del equilibrio personal (ésa es su lectura de las cosas), donde en cualquier momento se cae o se evita caer.

Deseamos que este libro contribuya a ampliar el conocimiento y a sensibilizar las percepciones que se tienen ante los cambios que la situación actual exige y mediante los cuales sea posible alcanzar un mundo mejor.

Ricardo Contreras Soto
Óscar Lozano Carrillo
Ricardo Antonio Tena Núñez
Patricia Couturier Bañuelos

3. Economía sustentable y solidaria como palanca para el cambio de paradigma

Pedro Moctezuma Barragán
Antonio Mendoza Hernández

INTRODUCCIÓN

Un gran número de organizaciones económicas enraizadas en sus territorios a contrapelo del neoliberalismo laboran hoy en nuestro México generando bienes o prestando servicios para sus integrantes, sus familias y la comunidad en general como una fuerza productiva centrada en el trabajo, es decir, de quienes viven o quieren vivir de su trabajo haciendo un esfuerzo cotidiano centrado en su economía, su ecología y su cultura.

Estas organizaciones han sido producto de movimientos iniciados hace más de medio siglo, desde cuando superó en muchos casos la tendencia a la fragmentación, logrando así construir formas de organización permanentes para cimentar experiencias solidarias y sustentables. Los esfuerzos económicos “de abajo” contribuyen a potenciar la capacidad de resiliencia de comunidades, tanto urbano-populares como costeras, serranas, semidesérticas y, en muchos casos, de territorios indígenas, fortaleciendo sus tejidos asociativos y ejerciendo un papel en la construcción de sujetos ecosistémicos de la sustentabilidad.

Todo ello ocurre a contracorriente de una posmodernidad anclada en un modelo extractivista que niega los límites tanto de la naturaleza como de las comunidades humanas productivas, modelo de graves consecuencias ambientales y social comunitarias que hacen necesario un cambio de paradigma. Por esta razón hay que entender a las organizaciones económicas como un punto de apoyo y de partida para superar la crisis civilizatoria actual desde una propuesta productiva basada en la ética humana y ambiental.

Sin embargo, para desempeñar un papel de cambio en su adversa situación, la economía sustentable y solidaria necesita rebasar su anclaje en lo micro, así como el aislamiento de sus protagonistas para dotarse de una *agenda transformativa* e impulsarla creativamente desde acciones y proyectos emblemáticos.

El debate no reside en responder acerca de si este momento es propicio para cambiar el paradigma dominante o al menos rasgos sustanciales del modelo hegemónico, o si, “otra vez, el capitalismo tendrá la capacidad de aprovechar la crisis para reformularse y continuar con su dominación y hegemonía” (Déniz 2022, p. 266). Más bien, ante los probados límites del modo actual de relacionarse con la naturaleza y las comunidades humanas, el debate precisa atender a las siguientes preguntas: ¿dónde está nuestro poder?, ¿quiénes son los sujetos del cambio de paradigma?, ¿qué pasos, proyectos y líneas de acción contribuirán a este cambio?

Ello implica un nuevo pensamiento político que tome en cuenta múltiples dimensiones de manera permanente y simultánea, que permita dar el salto de lo local a lo regional, preparando las condiciones para avanzar hacia la articulación nacional y continental. Este esfuerzo permitiría crear condiciones culturales, políticas y, desde ahí, económicas, para acometer la lucha por un nuevo proyecto civilizatorio, desde donde se promueva la consolidación de la dimensión meso que apunte un cambio de paradigma. Se trata del desafío en el presente.

Este texto, construido a cuatro manos, desea contribuir a tal desafío y, para ello, se organiza en cuatro apartados. En el primero se destacan

las tendencias del paradigma económico extractivista y sus efectos. Asistimos a la implosión del capitalismo y de su deslizamiento hacia la barbarie (Saito 2022; Naredo 2022; Spash 2020; Jappe 2011). Lo anterior no es una abstracción ni un planteamiento teleológico o apocalíptico, sino el resultado lógico de la racionalidad instrumental del capital medio/fin.

En el segundo apartado se busca señalar los puntos ciegos de la economía convencional. Los economistas de la sabiduría convencional elaboran sus conocimientos guiados por la economía neoclásica, el cálculo económico y el individualismo metodológico. Se trata de una ciencia que supone que el comportamiento humano puede ser explicado bajo tres principios: optimización, equilibrio y escasez. Se trata de la reproducción ampliada del capital, que produce un tipo de humanidad y un modo de reproducción de la vida por medio de la adquisición, la competencia y la racionalidad instrumental del capital medio/fin.

El tercer apartado centra su atención en la necesidad de un cambio de paradigma y en las condiciones de posibilidad de dicha transformación hacia un nuevo modelo sustentable y solidario. Se sostiene que la economía sólo puede ser solidaria si logra ser sustentable en lo micro y en lo meso, para llegar a lo macro. Diseñar y levantar dicha economía requiere la construcción de los sujetos capaces de lograr dicha transformación, por ello se presentan experiencias desde estas dimensiones en distintas ramas de una nueva economía circular embrionaria.

En el cuarto apartado se intenta explorar algunos de los antecedentes actuales de los procesos a lo largo y ancho de nuestra nación, así como su óptica original, poniendo contados ejemplos notables, que constituyen sólo el esbozo de un esfuerzo que estamos lejos de lograr, ya que requiere de una previa investigación de profundo calado: el movimiento cooperativista, los pueblos originarios y lo eclesial, así como iniciativas desde el Estado, los gobiernos locales y el interior de los movimientos sociales, para, finalmente, proponer que otra economía es posible desde una racionalidad sustentable que pone en el centro a la vida y cuya misión profunda

es lograr la convergencia integradora de intereses y cosmovisiones en un horizonte común que los arrope, nutra y reproduzca.

TENDENCIAS DEL PARADIGMA ECONÓMICO EXTRACTIVISTA Y SUS EFECTOS

El paradigma extractivista en el capitalismo tardío tiende a provocar un complejo encadenamiento de afectaciones que alteran en cascada el ciclo natural y la esfera social, desde un proceso que sustrae, exporta y desecha recursos de una manera destructiva y contaminante, rompiendo los ciclos naturales, provocando la fragmentación de cuencas, territorios y ecosistemas, y generando creciente contaminación ambiental. Se trata “del divorcio entre la especie humana y naturaleza, o entre economía y ecología” (Naredo 2022, p. 30). Dicho de manera más general, se puede sostener que el avance del capitalismo produce la destrucción de los medios que utiliza y, finalmente, la posibilidad de su propio colapso debido a la imposibilidad de lograr un crecimiento sin límites sin poner en peligro el planeta y sus recursos naturales.

En cuanto a lo social comunitario, este modelo despoja de territorio, agua y bienes naturales a las comunidades sin reconocer sus derechos adquiridos, ni los trabajos invertidos en el diseño, construcción y mantenimiento histórico de infraestructuras, acelerando con tales despojos el desarraigo de estos comuneros, que se ven sometidos a condiciones de trabajo frecuentemente fortuitas e irregulares.

Más en general, la tendencia mundial dominante impulsa la extracción intensiva de materias primas, materias auxiliares, así como de mano de obra, en buena parte para la producción masiva de mercancías desechables con obsolescencia programada, propiciando la circulación globalizada de bienes y servicios de corta durabilidad, con intercambios que consumen elevada energía y cuyas cadenas de suministro son cada vez más vulnerables, todo ello para inducir el consumo de mercancías

“chatarra”, innecesarias o de corta moda.¹ Lo anterior genera un alto costo a la salud humana y, a la vez, facilita la proliferación de pandemias como la de covid-19, que afectan a las cadenas de producción. Lo anterior culmina con una proliferación de formas de consumo despilfarrador, que generan un cúmulo de desechos contaminantes por lo general inadecuadamente manejado.

Los ciclos económicos transcurren cada vez más con creciente celeridad, ignorando los costos ambientales y sociales, a fin de priorizar una alta rotación de los capitales y dejar atrás el autocuidado de las comunidades humanas y de la madre naturaleza, que son eclipsadas bajo el manto de las “externalidades”. De acuerdo con Kovel (2007), el capitalismo genera una dinámica de destrucción ambiental que lo convierte en enemigo de la naturaleza. La búsqueda de una economía de crecimiento infinito atenta contra los límites mismos de la vida, lo que quiere decir que, para sostener índices positivos de un crecimiento exponencial, debe destruirse sistemáticamente lo que hace posible el crecimiento. En breve, es la *irracionalidad de lo racional* (Hinkelammert 2014).

El crecimiento exponencial, en una vertiginosa espiral de extracción y exportación de recursos, arroja a su vez caudales de desechos contaminantes de un modo cada vez más intensivo y voluminoso, pasándole a la vida en la tierra una factura ambiental y social que aumenta conforme a un proceso ciego y sin sujeto, y que externaliza los costos por la destrucción ambiental y los desequilibrios en los ecosistemas causados por prácticas de alto impacto ecológico, sólo posibles debido a la escisión tanto entre los sujetos sociales como entre éstos y los ciclos naturales.

¹ No es apocalíptico señalar que el mundo se acerca a un callejón sin salida: “el fin de la historia de la civilización humana. De hecho, la crisis ecológica ha seguido acelerándose de diversas formas, como el colapso del clima, la oxidación del océano, la alteración del ciclo del nitrógeno, la desertificación, la erosión del suelo y la extinción de especies” (Saito 2022, p. 10).

LOS PUNTOS CIEGOS DE LA ECONOMÍA CONVENCIONAL

A lo largo de doscientos años, la ciencia económica ha estado presa de una manera de generar conocimiento. La economía convencional, tras su proceso de maduración, no sólo ha dominado el pensamiento económico hasta nuestros días, sino que su influencia y además ha determinado el comportamiento social y el de otras disciplinas. Es una doctrina que produce ideas a través del libre mercado y de la democracia liberal, fundadas en una gramática económica basada en modelos estocásticos. Se trata de una ciencia que piensa realidades sin sujeto (Mendoza Hernández 2019).

La definición estándar de la economía neoclásica que se encuentra en casi todos los manuales de economía fue publicada por Lionel Robbins (1980) hace más de setenta años en su *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica*. Para Robbins,

el objeto de la economía es, esencialmente, una serie de relaciones; por una parte, entre los fines concebidos como objetivos posibles de la conducta, y por otra, el ambiente técnico y social. [...] La naturaleza de la teoría económica es clara: es el estudio de las consecuencias formales de la relación entre fines y medios [...] en la explicación de las manifestaciones de la escasez (pp. 64-65).

Al afirmar la existencia de recursos escasos, se ha querido poner el acento en la necesidad de que esos recursos sean asignados de la mejor manera posible, de forma racional. Lo anterior supone que el comportamiento humano puede ser explicado en un ciclo económico bajo tres principios: optimización, equilibrio y escasez. Desde la teoría estándar, los ciclos o fluctuaciones económicas se registran mediante el Producto Interno Bruto (PIB), índice que se mueve en forma de ciclos, acercándose o alejándose de los puntos de equilibrio económico en el largo plazo, en un ambiente estacionario (Mendoza Hernández 2012).

La teoría económica clásica del ciclo económico contiene dos puntos ciegos, ya que sólo reconoce cuatro de sus seis fases,² que serían las siguientes: Producción-Circulación-Cambio-Consumo (P-C-C-C). Lo que observamos es que faltan, según veremos más adelante, la fase de apropiación o extracción, en el principio del ciclo, y la de reuso, reciclaje o desecho, en el final del proceso.

Para abrazar el proceso de acumulación, el capitalismo da la espalda al aprovechamiento cuidadoso y al ciclo de reposición de los bienes provenientes de la naturaleza. Este proceso tiene una rotación más rápida que los ciclos naturales de regeneración y niega los costos ambientales y sociales de su modo de producir. Semejante modelo propicia el rompimiento de los procesos regenerativos naturales para subordinarlos al objetivo de obtención de ganancias extraordinarias en cada ciclo de rotación de capital, a costa de los competidores, de la sobreexplotación del trabajo y del saqueo de bienes naturales a fin de mantener su competitividad. Por ello, los indicadores económicos actuales sólo cuantifican estas cuatro fases dentro del PIB, medida aceptada universalmente en las cuentas nacionales del mundo entero (Moctezuma Barragán 2017, pp. 34-35).

Ya que la tendencia dominante reconoce en el ciclo económico exclusivamente las fases que generan la realización de plusvalor y ganancias de espaldas a la naturaleza y al ser humano, se acentúan la inequidad social y la sobreexplotación de la fuerza de trabajo. Andrés Barreda explica que lo anterior es resultado de las características mismas del modo de producción capitalista, “que se expresa en su contradictoria capacidad de producir una riqueza creciente para la sociedad, a la vez que en su capacidad de realizar saqueos, miseria social y una devastación ambiental también crecientes” (Barreda 2016, p. 7).

² Se considera que las cuatro fases del ciclo económico desde la teoría convencional suceden en un periodo del PIB en torno a una línea de tendencia del mismo en el tiempo de evolución uniforme compuesto generalmente de cuatro fases sucesivas: a) clima o pico, b) recesión, c) sima o crisis y d) recuperación.

Los ciclos orgánicos que permiten sostener la vida son cambiados en el capitalismo actual por acometidas sistemáticas de extracción destructiva (megaminería a cielo abierto, tala masiva, pesca con explosivos, polución de suelos, aguas superficiales y subterráneas, aire y mares), mediante polución y explotación de la naturaleza con el uso de químicos abrasivos, fertilizantes tóxicos u hormonas que aceleran la producción, así como procesos de refrigeración que exigen agua y energía en abundancia, además de envases y embalajes de desecho casi inmediato para el empaque de mercancías, y en la última etapa, el desecho de residuos líquidos y sólidos contaminantes como producto del consumo, los cuales invaden el territorio y terminan en los cuerpos de agua superficiales y subterráneos, así como en mares. La demanda y la satisfacción de grandes volúmenes y formas más invasivas de extracción y desecho se imponen por encima de la capacidad de carga ecosistémica, exigen métodos que las agotan y destruyen, y, al hacerlo, rompen los metabolismos naturales.

HACIA UN CAMBIO DE PARADIGMA

Por ello, en una lógica orgánica es vital tomar en cuenta los momentos inicial y final de cada ciclo productivo. En primer lugar, al inicio del ciclo, el aprovechamiento equilibrado de bienes naturales renovables permite su regeneración, o bien, la extracción de recursos no renovables sin romper equilibrios ecosistémicos, pues actualmente el aprovechamiento respetuoso es desplazado por la extracción destructiva. En un segundo lugar, sufrimos la descarga de desechos contaminantes, que en tiempos recientes ha sustituido al reúso o reciclaje de materiales, hábito propio de comunidades ancestrales, que además cuidaban de los tiempos de regeneración natural de los ecosistemas sometidos a descargas.

Contribuir al logro de la regeneración del tejido social y el entorno ambiental comienza por la labor de crear las condiciones para construir sujetos comunitarios. Se trata de destacar el potencial de actores revolucionarios colectivamente organizados e involucrados a conciencia en

procesos de transformación social y productiva, con un reclamo legítimo de sus territorios, y con actividades que los involucran en procesos cuyo objeto es consolidar una estructura diferente de sociedad en la que están reorganizando la producción para generar excedentes, así como reuniendo a sus miembros para aprovechar recursos subutilizados, y para mejorar el nivel de vida, además de asegurar la conservación y restauración del medio ambiente. Estas condiciones representan un enorme potencial en cuanto a innumerables formas de transformación social y ecológica, a fin de consolidar mundos y sociedades poscapitalistas (Barkin y Sánchez Jiménez 2019).

Los nuevos sujetos necesitan tener claridad en cuanto a la naturaleza de los ciclos productivos en sus seis fases, las cuales son: Aprovechamiento-Producción-Circulación-Cambio-Consumo-Reúso o Reciclaje (A-P-C-C-R). El itinerario productivo de este ciclo comienza por el aprovechamiento, tanto de materias primas como de trabajo, para iniciar el proceso de producción, al cual sigue la distribución local, o bien, la circulación de los productos entre el lugar de producción y el mercado, donde ocurre el intercambio, para posteriormente continuar con el consumo de los bienes y terminar, por último, con el reúso o reciclaje de éstos.

Lo anterior conlleva lograr un cambio de paradigma, sustituyendo el extractivismo con la gestión de ciclos naturales, potenciada por innovaciones científicas y tecnológicas. Dicha transformación se plantea en el libro *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), del historiador de la ciencia Thomas Kuhn quien sostuvo la tesis de que, cuando en una disciplina científica el paradigma convencional experimenta una serie creciente de disfuncionalidades, ésta entra en crisis y abre paso a nuevos modelos, los cuales, al hacer uso del método de ensayo y error, ponen a prueba propuestas desde otros ámbitos, incluso aquellas consideradas anacrónicas, hasta que, finalmente, las nuevas prácticas y su sistematización teórica crean un nuevo paradigma, con bases científicas y sociales innovadoras que ganan a sectores de la población, lo que da pie a una lucha de propuestas y de acciones entre los promotores del nuevo paradigma y aquellos que defienden el viejo.

En tal sentido, en el contexto de la gran crisis del reciente confinamiento global (Girón y Correa 2022), emergen ideas, iniciativas y organizaciones de economías de contenido diverso y con vocación para la reproducción ampliada de la vida cuyo desarrollo no responde a criterios mercantiles. Se trata de economías para la vida, con estrategias de reproducción social que aportan ideas y prácticas visibilizando potencialidades contrahegemónicas encaminadas a cambiar algunos elementos del paradigma dominante de desarrollo (Mendoza Hernández 2023). La economía solidaria constituye una insurgencia de estas emergencias de economía alternativa, con vistas a la posibilidad de una transformación económica, política, social y ecológica que se materializan con mayor o menor intensidad en algunos países de la región, de acuerdo con las condiciones objetivas y subjetivas en las que cada experiencia se desarrolla. No obstante, destacamos un común denominador en ellas: la racionalidad reproductiva de la vida desde una perspectiva ambiental. Se trata de la creación de una cultura productiva, solidaria y sustentable, donde el fin de la economía es la satisfacción y el desarrollo de las necesidades, el trabajo de los seres humanos para reproducir su vida real (Hinkelammert y Mora 2013). En breve, se trata de una economía para la vida.

El sociólogo italiano Francesco Alberoni (1984) da una explicación de este tipo de cambio en su teoría de la “sobrecarga depresiva” que originan las viejas instituciones en sus leales seguidores, la cual eventualmente, genera un “estado naciente” en el interior; de allí, quienes anteriormente tenían relaciones adversariales se realinean e integran para atreverse a explorar nuevas experiencias que generen un movimiento social capaz de producir cambios institucionales extraordinarios.

LA CONSTRUCCIÓN DE SUJETOS DE LA SUSTENTABILIDAD

La labor de propiciar sujetos comprometidos con dinámicas de conservación, edificación y mantenimiento de condiciones de vida sanas y de

calidad, ha sido obra de oleadas de intentos de organización temporal o permanente desde diversas tradiciones; las diferentes tareas correspondientes a tales intentos se han visto dificultadas por los efectos de la dura y prolongada realidad neoliberal, agudizada por frecuentes crisis coyunturales y el arsenal de políticas sociales, fiscales y laborales que el Estado ha aplicado a la población desde el salinismo en adelante.³

A contracorriente del neoliberalismo, desde una pluralidad de prácticas, se han articulado rizomáticamente varias experiencias prefigurativas de lo que podría llegar a ser una transformación más profunda, portadora de un cambio integral de nuestros modos de producción y de vida (Collins 2022). El principal reto es cambiar el modo de pensar predominante: la conveniencia individual y el utilitarismo en las relaciones. Ninguna organización que pretenda cambiar el rumbo de la sociedad prevalecerá si no hay un cambio esencial en las personas que la integran. Las características de una sociedad sólo pueden cambiar si cambia la conducta de sus miembros. Ello requiere generar nuevos espacios con una lógica distinta para la reproducción de la vida social, matrices donde se fortalezca al individuo, colectividades de sustentabilidad de la vida cotidiana, lugares donde se ensayen las relaciones equitativas y la interdependencia económica y, sobre todo, donde compartir y donar prevalezcan (Lopezllera 2022, p. 155).

Esta lógica incluye la visión de una perspectiva ambiental: conservación y manejo sustentable de bosques, energías alternativas, fertilizantes orgánicos, cultivo de café de sombra y ecoturismo, así como reconocimiento del papel de los sistemas agroforestales como soluciones basadas en la naturaleza, y también de los beneficios ambientales y económicos de la producción y comercialización de bienes derivados de una gestión ambiental sustentable.

³ Ante el desplome de la base económica de las mayorías, se ha visto obligado a ejecutar programas de asistencia para paliar las urgentes carencias materiales mediante transferencias monetarias de tipo clientelar, las cuales inhiben la creación de una cultura productiva, solidaria y sustentable.



Por ejemplo, desde el punto de vista de una economía solidaria y sustentable, se ha demostrado cómo las empresas comunitarias forestales, lejos de destruir, hacen una invaluable contribución

a la protección de los suelos y la regulación hídrica, la provisión de agua limpia y la mitigación de daños por fenómenos hidrometeorológicos extremos; la conservación de la biodiversidad, la conectividad biológica y la preservación de áreas para recreación, valores rituales y de paisaje; en la mitigación del calentamiento global en tanto las áreas forestales son depósitos de carbono en suelos y como factor determinante del albedo y el reflejo de radiaciones calóricas e infrarrojas por la generación de nubosidad” (Chapela y Merino 2019, p. 16).

En el caso de la silvicultura en círculo virtuoso, ésta se integra fácilmente a actividades como la apicultura, relacionada a su vez con actividades de conservación; así como a la agricultura, la cual se ve beneficiada por los procesos de polinización de dicha actividad, y así también a labores parcelarias tendientes a mejorar la fertilidad del suelo y a prevenir, reducir o remediar su degradación aumentando la capacidad productiva de la tierra, controlando la salinidad y previniendo o reduciendo la erosión (Chapela y Merino 2019). La cooperativa indígena silvícola, de muebles, agua embotellada, ecoturismo y conservación de la biodiversidad, en Nuevo San Juan Pueblo Nuevo, Parangaricutiro, Michoacán, es un ejemplo de lo anterior.

Cuando un enfoque se centra en los derechos humanos y de la naturaleza, estas experiencias tienen el potencial de contribuir a la construcción de un modelo fincado en instancias económicas de producción secundaria de bienes necesarios, producción de vivienda y centros educativos y de salud al servicio de comunidades locales para proteger, regenerar y gestionar los ciclos naturales, así como promover la restauración de suelos y sus ecosistemas, el cuidado de los cuerpos de agua, de bosques y de áreas naturales, a manera de condición para nuevos ciclos económicos de cara a futuras generaciones.



La eventual maduración de estos esfuerzos sincrónicos posibilita dar el salto de lo local y sectorial a lo regional, creando las bases para avanzar hacia la articulación nacional, espacio privilegiado para promover el cambio de las reglas del juego impuestas por el poder económico dominante. No hay que olvidar que, mientras se acompañe este esfuerzo económico, es vital crear condiciones culturales y políticas para acometer la lucha por un nuevo proyecto civilizatorio, que finque las transformaciones en su dimensión meso hasta lograr apuntalar un cambio de paradigma.

A estos procesos ayuda la presencia de tres vertientes: los movimientos sociales, las culturas indígenas comunales y la tradición cooperativista. Su convergencia los hace capaces de cimentar la participación de sujetos comunitarios en procesos de producción o consumo, lo mismo que en las formas de habitabilidad, que incluyen el manejo colectivo del agua y de otros bienes y servicios.

Los movimientos sociales intentaron impulsar la organización económica de distintos modos en las colonias populares independientes en las décadas de 1970 y 1980; se consideraba indispensable contar con unidades de consumo y de producción gestionadas de forma colectiva, como parte de los métodos de autogestión que se desarrollaron en la primera de las décadas mencionadas, a la par de nacientes organizaciones, como en las colonias independientes de la Comarca Lagunera, del Frente Popular Tierra y Libertad de Monterrey, y de innumerables ejemplos más, cuando se desarrollaban también otras iniciativas, como por los modestos intercambios campo/ciudad entre los productores agrícolas de Tlaxcala y la Unión de Colonos de San Miguel Teotongo. La experiencia del centro cultural La Tabiguera, en el conjunto habitacional Cananea, Iztapalapa, buscó producir y distribuir materiales de construcción y bienes domésticos dentro de un exitoso proceso de construcción autogestiva de 1087 viviendas en el predio El Molino, sin lograr la consolidación de una empresa viable (Moctezuma Barragán 1999), las iniciativas duraron tanto como los movimientos que las



alentaban; el éxito de estas iniciativas dependió de la cohesión de la organización y del fortalecimiento de prácticas de administración autogestiva, de por sí precarias en ese entonces (Mitra 1995), debido a la carencia de una cultura cooperativa o comunal en las modernas poblaciones urbano-populares.

EL MOVIMIENTO COOPERATIVISTA EN MÉXICO

El cooperativismo ha sido un movimiento social con un entramado nacional que ha cumplido ya siglo y medio de trayectoria en México (Rojas 2014), enfrentado en ese tiempo a innumerables obstáculos, y sólo contó con mayor vigor en la coyuntura del periodo evolutivo del Estado nacional popular posrevolucionario, cuando logró un marco legal y un ambiente político favorable, que se reforzó hasta los años setenta, durante el acercamiento de la corriente de la teología de la liberación al mundo obrero (Lopezllera 2022).

Bajo el neoliberalismo, el cooperativismo ha sido blanco de las políticas antilaborales neoliberales. “Es preocupante que a partir de los años ochenta el cooperativismo ha perdido auge mientras que el individualismo y las corrientes neoliberales en todo el mundo han cooptado muchas iniciativas originalmente sociales y reduciéndolas a estructuras y corporaciones económicas de dimensiones transnacionales” (Lopezllera 2022, p. 139). Sin embargo, a pesar de su larga trayectoria, los distintos tipos de cooperativismo requieren aún de un marco de análisis teórico-metodológico profundo e integrador.

Una apuesta importante para el futuro próximo será recuperar la autenticidad histórica del cooperativismo de producción (pesca, acuicultura, agricultura, silvicultura, artesanía, industria, etc.), de consumo, de ahorro y crédito, de vivienda, de transporte, de salud, de ecoturismo, de servicios varios, etc., en el contexto del movimiento social y popular por una transformación integral, no sólo económica sino también ecológica y cultural (Lopezllera 2022, p. 142).



Dentro de las cooperativas más representativas en México se encuentran la Unión de Cooperativas Tosepan (1977) y la Sociedad Cooperativa Trabajadores de Pascual (1984). Ambas fueron creadas en medio de condiciones políticas y económicas adversas a la población (para indígenas y obreros); en este sentido, es importante mencionar que estas dos cooperativas se han conformado como ejemplos clásicos de cómo una asociación de su tipo puede mantenerse.

Como producto de un movimiento de los trabajadores de Pascual, después de más de mil días de huelga, ganaron el apoyo de buena parte de la población de la Ciudad de México entre 1982 y 1985, hasta lograr un laudo conciliatorio que obligaba a la empresa a pagarles a los trabajadores las utilidades devengadas y los salarios caídos durante esos años de huelga. Al declararse en bancarrota, la empresa Refrescos Pascual fue subastada y, en ese momento, la asamblea de los trabajadores decidió adquirir la empresa, convirtiéndose en sociedad cooperativa. Esto fue posible, en el seno de un movimiento social, gracias a las formas de organización y a los mecanismos de toma de decisiones adoptados a partir de su fundación en 1984. En adelante, los trabajadores fueron integrantes de la Sociedad Cooperativa Trabajadores de Pascual: “Nuestra máxima autoridad es la Asamblea General, donde todos los socios tienen igualdad de derechos y voto en la toma de decisiones. Los Consejos de Administración y Vigilancia, las Comisiones de Educación Cooperativa, de Previsión Social y de Conciliación y Arbitraje, electos en asambleas, son los encargados de normar el funcionamiento de la cooperativa” (p. 3).

Se comenzó a tomar las decisiones en asambleas de socios para elegir el camino que seguirían en esta nueva etapa. Para reiniciar labores, se levantó de la nada el proceso de trabajo mediante el saber empírico de los cooperativistas, quienes lograron hazañas productivas, como reparar en tiempo récord la maquinaria deteriorada por los años en desuso o reconstituir las fórmulas para la elaboración de los refrescos. De esa manera, se reconoció que lo esencial era el trabajo vivo y el saber que cada uno aportaba. Naturalmente, se necesitaba dinero para reiniciar la producción, y

éste provino de aportaciones solidarias, una de ellas, la donación de un día de salario aprobada por los miembros del Sindicato de Trabajadores de la Universidad Nacional Autónoma de México (STUNAM), y otra más, la aportación de obras donadas por artistas solidarios. La cooperativa “cuenta con 1 100 socios y cerca de 5 000 empleos. La azúcar que requiere para su producto lo recibe de la cooperativa del ingenio de Puruarán, en Michoacán. Sus productos llegan al mercado internacional e impulsa varios proyectos de carácter cultural y social” (Lopezllera 2022, p. 140).

En la actualidad, la Pascual es una empresa líder en América Latina y se mantiene como una sociedad cooperativa que reparte los ingresos directa y equitativamente entre sus trabajadores en la Ciudad de México y en distintas plantas de producción en varios estados del país, con lo que demuestra que el modelo de economía social es una opción viable.

PUEBLOS ORIGINARIOS

Muchas comunidades indígenas y campesinas generan actualmente procesos sociales y políticos que desafían la lógica del capitalismo. Estas comunidades son actores importantes en los movimientos internacionales para enfrentar las crisis económicas y ambientales de nuestros tiempos. Su característica fundamental es la relación con la tierra. Asimismo, al adoptar enfoques innovadores para la (re)organización social, la producción y la gestión ambiental, ofrecen soluciones prácticas de las que pueden aprender otros grupos sociales, en áreas tanto urbanas como rurales (Barkin y Sánchez Jiménez 2019).

La cultura y los derechos ancestrales de las comunidades indígenas, así como la integración de sus conocimientos ecológicos tradicionales en procesos de producción sustentables y gestión ambiental y de recursos hídricos, buscan crear conciencia de las personas en cuanto a su relación con el trabajo cooperativo y el cuidado del medio ambiente. Las cooperativas, administradas y manejadas por grupos indígenas, tienen un factor que ayuda a mantener el proyecto a largo plazo: su cohesión

sociocultural. Sus mecanismos de toma de decisiones les producen certeza a sus miembros y los lazos culturales les permiten dar saltos de calidad al pasar de lo local a lo regional; un ejemplo de ello es la Unión de Comunidades Zapoteco-Chinanteca, organización que agrupa a tres comunidades zapotecas y a una comunidad chinanteca. Cada una de éstas es autónoma y tiene sus propios mecanismos internos de gobierno. Juntas crearon la Unión como un organismo regional con el propósito de obtener apoyo para el manejo de sus bosques y enfrentar problemas comunes de manera colectiva (Arriortúa 2022).

Muchos de los valores cooperativos son similares a los generados en las comunidades indígenas, donde la solidaridad y el apoyo comunes, sin recibir nada a cambio, generan relaciones sociales de confianza y cooperativismo (Garrido 2022). Estas sociedades ejercen su liderazgo en el camino de nuevas rutas para el progreso social, al formular estrategias que contribuyen a mejorar su calidad de vida, controlar sus sistemas productivos, defender sus territorios y conservar su patrimonio natural. Estas experiencias generan excedentes que se distribuyen para beneficio individual y colectivo, creando así una nueva capacidad social que los está transformando a los individuos en sujetos comunitarios (Garrido 2022).

Un ejemplo para toda la nación de este tipo de movimiento cooperativo indígena es la Unión de Cooperativas Tosepan,⁴ de la sierra Norte de Puebla. Surgida en 1977, se formalizó en 1980 con la constitución formal de la cooperativa de consumo Tosepan Titataniske (Unidos Venceremos, en náhuatl). Paulina Garrido, primera presidenta mujer, nos dice que “en ese lugar, al igual que en la mayoría de las regiones indígenas de México, predominaba un abandono total de las instituciones gubernamentales y, por ello mismo, se mantenían altos índices de marginación y fuertes cacicazgos” (Garrido 2022). La unión de experiencias cooperativistas y comunitarias notables está presente en 430 pueblos de 29 municipios;

⁴ Para más información puede consultarse el sitio <https://www.tosepan.com/>

cuenta con 46000 socios, principalmente de población nahua y totonaca, quienes producen, en cultivos orgánicos, pimienta, café y miel, además de que promueven el ecoturismo y la salud alternativa, y cuentan también con una radio comunitaria (Garrido 2022).

Con la atención puesta más allá de lo local y lo gremial, sus habitantes realizaron el ordenamiento territorial asesorados por personal de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP). Se lucha contra los megaproyectos turísticos y comerciales. Su objetivo es “mejorar la calidad de vida de las familias de los socios a través del trabajo organizado para obtener un hogar sustentable, una diversificación de los ingresos, desarrollo de capacidades individuales y colectiva, recuperar conocimientos culturales, defensa del territorio de la amenaza de megaproyectos mineros, hidroeléctricos y petroleros” (Garrido 2022, p. 1). Lo más esperanzador aquí es que la cooperativa Tosepan elaboró un Plan de Vida Estratégico (2017-2057) que guía los siguientes 40 años de su vida (*Códice Masewal* 2017) y donde se reivindican los valores, usos y costumbres del grupo indígena que la conforma, para conservar no sólo fuentes de empleos, sino una organización permanente y la cultura propia.

Cinco principios rectores son identificados en estas comunidades por Barkin y Sánchez Jiménez (2019): 1) autonomía, para gobernarse a sí mismos y administrar sus instituciones y territorio; 2) solidaridad, dentro de la comunidad y con otras comunidades involucradas en procesos similares; 3) autosuficiencia, en la medida de lo posible, considerando los recursos disponibles y el ecosistema; 4) diversificación productiva, para proporcionar bienes destinados al intercambio con otras comunidades y obtener productos que no se pueden producir localmente, y 5) gestión sustentable de los recursos regionales, lo que demanda la colaboración con otras comunidades presentes en el ecosistema (Barkin y Sánchez Jiménez 2019). En tal sentido, desde lo local, el territorio adquiere cualidades que involucran aspectos físicos, humanos, tecnológicos, institucionales, sociales, económicos, culturales, ambientales y naturales, los cuales nos permiten vincularlo a la economía sustentable

y solidaria para que los habitantes sean capaces de dinamizar, tanto en un contexto delimitado como en su relación regional y global (Mendoza Hernández 2023).

DESDE LAS COMUNIDADES ECLESIALES

Luis Lopezllera nos presenta, en su inspirador trabajo testimonial *Ante el colapso civilizatorio* (2022), un cúmulo de experiencias que se lograron a lo largo de su vida generosa y de compromiso; en su mayor parte fueron promovidas por una Iglesia posconciliar, que permitió una amplia participación con un “sabor laico, no eclesiástico sino eclesial” (Copevi 2015, p. 12), donde una instancia seminal para la promoción del cooperativismo fue el Secretariado Social Mexicano (ssm), el cual nació hace un siglo, en 1923. Dentro de su labor para incentivar a las cooperativas organizó el estudio con obreros y campesinos, coordinó diversas obras sociales y fomentó el ahorro y el crédito en el país.⁵

En 1962, con el respaldo moral del Instituto Mexicano de Estudios Sociales, del ssm, y de Iván Illich, se gestó el Centro Operacional de Vivienda y Poblamiento (Copevi), pionero en México de las cooperativas de vivienda, con trabajadoras sociales y arquitectos como cuerpo modular.⁶ Dos años después se creó la Confederación Mexicana de Cajas Populares (CMCP), que para 1967 constaba de 26 federaciones estatales y un total de 506 cooperativas, sumando más de 30 000 socios en el país y funcionamiento acorde con su lema: “Por un capital en manos del pueblo”. Cabe decir que no ha sido visto con buenos ojos por la banca nacional e internacional que hasta hoy se ha apoderado de las finanzas en México.

⁵ Cabe mencionar, dentro del ssm impulsor de cooperativas, a los sacerdotes: Pedro Velázquez, Manuel Velázquez, Rodolfo Escamilla, Carlos Talavera, Carlos Salgado, Mario Padilla, Salvador García, Carlos de la Torre, Pastor Escalante, Luis Morales, Luis Torres y Luis Ugalde.

⁶ Entre sus impulsores cabe mencionar a Cristina Lavalle, María Luisa Herrasti, Luis Lopezllera, Luis Sánchez de Carmona, Enrique Ortiz Flores, Luz Rosales y Carlos Villalobos (Lopezllera 2022, p. 64).

Con la idea de trabajar de manera más holística, esto último Lopezllera lo trabajó al lado de su compañera de vida y de trabajo, Cristina Lavalle, y orientó la promoción hacia grupos populares de modo más integral que sectorial (Copevi 2015, p. 14). Su enfoque incluyó el medio ambiente, la educación, la economía, la política y la acción cívica no partidaria. Es decir, la política en el sentido más integral, en busca del bien común (Copevi 2015, p. 15). Para Lopezllera era prioritario tener un “espacio y medio ambiente habitable, habitado”. Tenemos que repensar una manera de habitar este planeta de una manera sostenible, poniendo por delante siempre la dignidad humana, hoy cuestionada, minimizada e incluso ignorada. “Es un llamado al arquitecto, a aquel que trata de construir un espacio en donde habite el otro” (Copevi 2015, p. 23).

No obstante, en el proceso de agrupación de las Cajas Populares en la Confederación, muy pronto surgió un rasgo que se repite en las organizaciones económicas populares mexicanas: su débil articulación nacional. Por ello, la gran expansión de la CMCP la hace sufrir en 1971 la escisión de tres federaciones importantes, tal vez por la pérdida del liderazgo carismático y la brújula de Pedro Velázquez, quien falleció en 1968, y también por el surgimiento de una corriente meramente pragmatista. En la década de 1980, las dinámicas competitivas y monetaristas empezaron a predominar en dicho proceso (Copevi 2015). Como veremos más adelante, en la década siguiente, llevando a la raíz la exploración en el manejo monetario, Lopezllera plantearía la necesidad de un cambio de paradigma en los intercambios, al proponer una moneda basada en la reciprocidad, no en la explotación, que fortaleciera lo local, que reforzara la defensa de los ecosistemas, y fuese capaz de fortalecer la construcción de sujetos comunitarios.

Mientras tanto, la Promoción de Desarrollo Popular (PDP), con la experiencia de varios de sus fundadores, quienes habían participado con anterioridad en cooperativas exitosas de vivienda, urbanas y rurales, siguió un curso más complejo y profundo. Según nos narra Luis Lopezllera, “con ese carácter la PDP asistió, durante el último tercio de siglo xx, al desarrollo de varias iniciativas de origen popular, entre ellas ‘Tacámbaro’,

lo que se consideró una ciudad cooperativista ejemplar y que inspiró muchas experiencias similares en todo el país” (Copevi 2015, p. 64). El autor destaca este proceso popular en Michoacán, inspirado en la lucha cooperativista inglesa pionera de Robert Owen en el siglo XIX y en el movimiento canadiense contemporáneo de Antigonish. El esfuerzo dio comienzo con la cooperativa de consumo San José, y más tarde, Mi Casa, la Caja de Ahorro 11 de Abril y una gran variedad de otras de tipo avícola, ganadero, del pan, de la costura y de obreros de la construcción, incluida “la Sociedad Cooperativa de Venta en Común ‘Cupanda’, que cuenta con Sociedad civil ecosistémica del siglo XXI, 64 más de 200 productores de aguacate (...) ‘cupanda’ significa ‘aguacate’ en idioma purépecha” (Lopezllera 2022, p. 3)

Para germinar el impulso de intercambio alternativo, nació la Red Multitrueque Tláloc en 1994, con un ciclo de vida de 20 años (hasta 2014), que además catalizó una docena de experiencias comunitarias inspiradas en esa paradigmática moneda que celebró encuentros nacionales y estableció relaciones internacionales con la multitud de experiencias en otros países; el relevo de su misión radical lo tomó la Red Multitrueke Mixiuhca, con tres lustros de éxito como “moneda, que al ser solamente gastada y aceptada entre empresas familiares, comercios locales, cooperativas, pequeños productores, etc., mantiene la riqueza entre la red. Es una membrana que protege, estimulando el consumo local, incentivando la producción para satisfacer necesidades entre los habitantes de un ecosistema” (Lopezllera 2022, p. 157).

El multicitado autor nos presenta en su libro el caso de una cooperativa de ahorro y crédito de larga trayectoria en el oriente de Querétaro: Cosechando Juntos lo Sembrado (CJS), Unión Regional de Apoyo Campesino (URAC)-Unión de Esfuerzos para el Campo (Udec), donde 345 grupos que suman 23 000 socios impulsaron un programa de vivienda con la asistencia de la Comisión Nacional de Vivienda (Conavi) y lograron entregar entre 2009 y 2014 cerca de 5 000 subsidios que complementaban los ahorros propios y que, a su vez, generaron un programa productivo de traspatios (Lopezllera 2022, p. 141).



DESDE EL ESTADO

El concepto de cooperativismo ha estado presente durante ya un largo periodo, pero poco se le ha añadido en la práctica y en las políticas públicas.

Los gobiernos en México han preferido hablar de las cooperativas como un remedio último para la pobreza, a cuentagotas, a veces con subsidios muy merecidos, pero más como una pose electoral micropopulista sin mayor trascendencia articuladora (...) un intento de adaptar el modelo cooperativista a circunstancias difíciles fue realizado por el presidente Echeverría con las Sociedades de Solidaridad Social (Lopezllera 2022, p.3).

Dicho esfuerzo realizado desde el Estado, en el sur de Jalisco, buscaba integrar principalmente a mujeres campesinas sin tierra al conjunto de pequeñas industrias. El programa fue financiado por el Fideicomiso Fondo Nacional de Fomento Ejidal (Fifonafe) y el Programa de Inversiones para el Desarrollo Económico Rural (PIDER). Alcántara Ferrer señala al respecto:

Los talleres colectivos de Industrias del Pueblo se establecieron en un contexto caracterizado por una serie de condiciones relativamente favorables [...] ecológicas [...] y de] antecedentes históricos [...] que] permiten identificar un cierto grado de experiencia en organización campesina, ya que el sur de Jalisco fue el escenario de un movimiento campesino que apoyó a la facción victoriosa de la revolución de 1910 y además combatió a la rebelión cristera de la década de los veinte y por lo mismo, obtuvo el acceso a la tierra a través del sistema ejidal. En tercer lugar [...] los niveles de vida [...] aparentemente no han sido tan bajos como en otras regiones de México. Por último, la experiencia que se ha tenido en la región en actividades industriales durante los últimos cien años aproximadamente, ha permitido a la población adquirir en términos generales una cierta familiarización con los requerimientos técnicos de este tipo de actividad económica (1979, pp. 9-10).



Según Ochoa (2006, p. 101):

la relación de Zuno Arce con el gobierno federal permitió el acceso a contratos gubernamentales. Por ejemplo, la fabricación de gises (o tiza) que estaban destinados hacia la mayor parte de las escuelas del país, así como los mesabancos y pizarrones; también los postes de conducción de líneas eléctricas de la Comisión Federal de Electricidad (CFE). Por añadidura, se fabricaban zapatos, pelotas, se maquilaba ropa y se producían diversos herrajes. La fuerza del Estado era más visible que nunca en Tuxpan.

Una de las necesidades básicas fue la forma en que se constituyeron las industrias colectivas. Por tal motivo, comenzaron a funcionar como Actividades Productivas S. A. de C. V., con el objetivo de que “sus trabajadores participarían en la distribución de las ganancias de acuerdo con el número de ‘acciones de trabajo’ que tuviera asignada cada trabajador” (Ochoa 2006, p. 26). Sin embargo, esta forma constitutiva no resultaba adecuada para los intereses del grupo y se gestionó una nueva personalidad jurídica, la Ley de Sociedades de Solidaridad Social (S. de S.S.), que promovió el presidente Echeverría en el Congreso de la Unión y que fue aprobada pocos meses antes del término de su gobierno, en mayo de 1976.

La Corporación Industrias Colectivas del Pueblo S. de S.S. fue la primera en registrarse, 10 días después de promulgarse la ley. Esta ley permite “a la población rural o urbana de bajos ingresos (...) establecer sociedades de solidaridad social a fin de proporcionar nuevas fuentes de empleo y para producir y comercializar a bajo precio los bienes requeridos por la población local o regional” (Ochoa 2006, pp. 40-41). La experiencia que nos ocupa decayó con el sexenio del presidente que la protegió, aunque mantuvo actividades de baja intensidad y la figura legal subsiste en el campo mexicano, donde sólo ha sobrevivido aquello que fue apropiado localmente por la población.

Por último, deseamos insistir en la necesidad de construir sujetos de la sustentabilidad, un caso más en plena pandemia: las Redes Alimentarias Alternativas (RAA).

HACER POSIBLE LO REAL

Ante las diversas crisis aceleradas por la covid-19, se multiplican las propuestas y teorías críticas que buscan alternativas para la sobrevivencia de la humanidad (Mendoza Hernández 2022, pp. 241-258), y al mismo tiempo emergen y se visibilizan procesos de subsistencia colectiva de organización, tanto de dinámicas ya existentes como de otras que se reinventan diariamente y asumen un papel clave frente a la pandemia. Entre otras, tenemos las Redes Alimentarias Alternativas (RAA), que están integradas por colectivos y/o cooperativas de consumo para responder de una manera organizada “a los retos del sistema agroalimentario actual. Articulan productores, transformadores y consumidores para construir sistemas alimentarios más locales, justos, democráticos y sustentables” (Gaceta UNAM 2020).

La covid-19 ha redefinido los procesos de trabajo de las RAA, fortaleciendo “circuitos que constituyen infraestructura popular con prácticas de solidaridad, redes de ayuda y de cuidado mutuo para la reproducción cotidiana: del alimento a la limpieza, de la salud a los cuidados” (Azzati 2020). Durante el periodo del confinamiento y distanciamiento social debido a la pandemia, las RAA han fortalecido prácticas y sentidos para lograr la reproducción de la vida en medio de contextos donde la norma es una “economía sin contacto”. En sentido amplio, el término hace referencia a las actividades económicas que se realizan sin que exista un contacto físico entre las personas, ya sea que estén de forma presencial o remota (BBVA 2020). Esto es, que las RAA han innovado e integrado a sus procesos de producción y distribución aplicaciones tecnológicas devolviendo a estos instrumentos la dignidad.

Las RAA se han reinventado y encontraron formas y mecanismos novedosos para garantizar la reproducción de la vida, al enfrentar esta crisis y el aislamiento con organización y creatividad, consolidando espacios de autogestión y autoorganización. Antes de la crisis sanitaria, las RAA habían adquirido importancia en la búsqueda de alimentos

alejados de los agroquímicos y asociados a la producción agroecológica y orgánica. En plena crisis económica y sanitaria, la búsqueda de alimentos sanos y saludables que refuerzan el sistema inmunológico se ha convertido en una demanda de los consumidores urbanos.

Las cooperativas o colectivos de consumo han fortalecido sus redes alimentarias alternativas; éste es el caso del ya mencionado Multittrueke Mixiuhca, así como el de Despensas Solidarias, Cooperativa de Consumo La Imposible, Mercado Alternativo de Tlalpan, Mercado de las Cosas Verdes, Tianguis Alternativo de Puebla y el Colectivo Zacahuitzco. Estos colectivos y cooperativas de consumo existían antes de la crisis sanitaria y, a partir del contexto actual, han innovado y reinventando su logística, operación y comunicación, ajustando su organización al movimiento de la realidad.⁷

En su práctica cotidiana estas redes alimentarias mantienen cuatro variables indispensables en la actualidad: *la sanidad, el cuidado de la salud, el trabajo y un ingreso digno*. Han cobrado fuerza las ideas de “consume lo local”, “compra a productores locales a precios justos”, “adquiere alimentos sin explotación”, que han acompañado a las experiencias de la ESS por mucho tiempo. También estas organizaciones han tenido una capacidad colectiva de ajuste al reinventarse y organizarse considerando su escala: *lo cercano*.

Lo cercano es una escala que se ajusta a la dinámica fundamental de la vida, lo que ha permitido una *proximidad* entre el consumidor y el productor, *lo que está a la mano*; en plena vida *online* están logrando ejercicios que parecían impensables: 1) al colocar en la mesa de los consumidores

⁷ Pueden consultarse entre otras las siguientes direcciones: <https://www.facebook.com/CanastaBas>, <https://www.facebook.com/Comunidad-Multittrueke-Mixiuhca-1748320212147607>, <https://www.facebook.com/laimposiblecooperativa>, <https://www.facebook.com/MercadoAlternativoDeTlalpan>, <https://es-la.facebook.com/tianguispuebla>. Particularmente, la economía sin contacto cobra más relevancia cuando se analizan las transiciones de diversas actividades y sectores económicos que tradicionalmente se hacían mediante el contacto físico de personas hacia modalidades o sustitutos sin contacto. Este paradigma está inmerso en un contexto continuo de cambios tecnológicos, culturales y sociales, y con fuerte impulso debido a la pandemia (BBVA 2020).

urbanos una variedad de alimentos y productos; 2) con el uso de tecnología, al organizar la demanda, la capacidad de la oferta y la entrega de pedidos; 3) al fortalecer sus redes e incrementar los consumidores, y 4) en algunos casos, al utilizar una moneda comunitaria. La naturaleza de estos colectivos les ha permitido generar relaciones confiables, su propia escala, sus principios y valores, lo que les ha permitido ajustar sus prácticas asociativas y adaptar su organización al uso de las tecnologías de la información en una economía sin contacto. Se trata de una tecnología al servicio del bien común, dirigida a contribuir a la soberanía alimentaria y la agroecología.

Estas experiencias de vida y de trabajo en el plano de la organización del consumo urbano y en el de la producción generada en las zonas rurales, han permitido recuperar cierta seguridad y soberanía alimentaria tras reactivar huertos urbanos, traspatios y azoteas verdes. La emergencia sanitaria ha permitido visibilizar estas realidades en nuestro país. Por ejemplo, entre 2006 y 2013 un estudio arrojó la existencia de un total de 2280 proyectos o experiencias asociadas al tema de la sustentabilidad con propiedad social en México, localizadas en 16 regiones del país. Estos proyectos son identificados como empresas sociales, —algunas asociadas a cooperativas—, como sociedades de solidaridad social o como entidades dentro de las comunidades del mundo rural, que combinan atributos y fortalezas tradicionales (Toledo y Ortiz 2014).

Estas experiencias y proyectos involucran “un entramado de relaciones sociales que, por una parte, posibilitan su dinámica y cohesión interna y, por otro, su articulación con el entorno social más amplio del que forman parte y que rebasa un ámbito estrictamente local” (Toledo y Ortiz 2014). Así pues, estas realidades existían antes de la emergencia sanitaria; por tanto, existen después de ella. En estos tiempos, se ha multiplicado y contagiado la experiencia con la réplica de las experiencias de las RAA. Dichas iniciativas tienen límites y contradicciones que se toman como desafíos y oportunidades para apostar hoy, en un mundo inédito e incierto, a la construcción del futuro.

Necesitamos las experiencias y las prácticas de las RAA. Estas iniciativas están en desconexión parcial de los sistemas dominantes y pertenecen a las estrategias que abren la imaginación para crear futuros posibles. Las experiencias de vida y de trabajo de las RAA los son también de sustento y esperanza. A través de la manera en que las iniciativas de la ESS resuelven sus necesidades está implícita su visión de futuro, en el sentido de que sus prácticas buscan la solución de sus necesidades y no maximizar el beneficio, y priorizan el desarrollo de la vida de todas las personas y de la naturaleza, reproduciendo la vida ampliada, como lo opuesto a la reproducción ampliada del capital.

Las prácticas y sentidos de las RAA continúan la reproducción de la vida en contextos de alta precariedad y construyen espacios de respuesta ante los efectos más devastadores de la crisis y de la emergencia sanitaria. Nos ofrecen soluciones y respuestas en sus ámbitos de comunidad, en un contexto donde lo inédito y lo incierto se ha instalado en nuestro diario vivir, e invitan a visiones apocalípticas capaces de paralizarnos.

REFLEXIONES FINALES

No debemos olvidar que una cooperativa no se conforma como un propósito a corto plazo, sino como un proyecto de vida que tiende hacia una prospectiva de corte generacional. Las líneas de falla culturales también hacen indispensable encontrar puntos de encuentro en términos de género, de generaciones y de distintas tradiciones culturales.

Esto anterior es algo que tiende a descuidarse por lo intenso y difícil de la labor a contracorriente de las personas que integran los esfuerzos cooperativos. A causa de ello, surgen problemas en la segunda generación debido a que los jóvenes no han sido formados en el cooperativismo y, con frecuencia, han sufrido el alejamiento de los progenitores, dedicados a las innumerables tareas extra que la curva de despegue de las cooperativas exige. El problema se ha experimentado en la refresquera Pascual, en las cooperativas de vivienda y en las de otro tipo debido a la falta de

apropiación histórica por parte de las nuevas generaciones. Esta situación ha provocado intentos de vender los bienes adquiridos para obtener ganancias inmediatas a costa del patrimonio, sin considerar el cúmulo logrado con trabajo, esfuerzo y lucha para construir y consolidar las organizaciones económicas.

Tosepan ha sabido superar este tipo de problemas con la educación cooperativista que da a los hijos de los socios, e incluso a través de su inserción desde chicos para que la valoren y se sientan parte de ella (Garrido 2022). De ahí la relevancia del Plan de Vida Estratégico, de cara a las próximas cuatro décadas, contenido en el *Códice Masewal*, donde se rescatan los valores, usos y costumbres de las comunidades, y que tiene como fin contribuir a preservar una visión común transformativa desde su propia cultura.

La construcción de una economía sustentable y solidaria, como palanca para el cambio de paradigma, conduce a la posibilidad de una transformación económica, política, social y ecológica. Una condición de posibilidad se halla en la construcción de sujetos de la sustentabilidad y de economías solidarias que permitan fortalecer y profundizar de manera continua su relación en un ecosistema. No se trata de ilusiones ni de idealizar el ecosistema, un sujeto y una economía. Se trata, más bien, de comprobar sus bases desde la factibilidad, con una perspectiva que se practica desde abajo, con otros criterios, desarrollando otros sujetos desde los territorios y haciendo política de otra manera, con elementos empíricos y fundamentos teóricos propios.

A partir de las experiencias de los movimientos sociales, los gobiernos locales y el Estado, el movimiento cooperativista, las organizaciones eclesiales y los pueblos originarios en México echan raíces y se distinguen por las siguientes características: 1) un ecosistema que permite alcanzar un equilibrio en las relaciones sociedad/economía/naturaleza; 2) un sustento económico en su territorio desde su unidad básica; 3) la organización de la política del trabajo comunitario no vinculado a la valorización ni a la explotación de la naturaleza; 4) la práctica de valerse de



ECONOMÍA SUSTENTABLE Y SOLIDARIA COMO PALANCA PARA EL CAMBIO

las propias fuerzas y recursos, aprovechando nuestro trabajo voluntario y propiciando prácticas monetarias no convencionales, como la moneda común o el trueque; 5) una democracia que involucra participación y responsabilidad comunes, con decisiones tomadas en asamblea, y 6) voluntad de abrirse, en el seno de esta gesta popular, a experiencias “extrañas” venidas de la otra, del otro, de herederos de diversas vertientes culturales, de agrupaciones sociales e idiosincrasias, y hacerlo con una actitud tolerante, incluyente y solidaria, lo que es indispensable para articular fuerzas y elevar las escalas de pensamiento e incidencia.

Para poner de pie una nueva economía, Lopezllera nos presenta un reto vital de cara al futuro:

recuperar la autenticidad histórica del cooperativismo de producción (pesca, acuicultura, agricultura, silvicultura, artesanía, industria. etc.), de consumo, de ahorro y crédito, de vivienda, de transporte, de salud, de ecoturismo, de servicios varios, etc., en el contexto del movimiento social y popular por una transformación integral, no sólo económica sino también ecológica y cultural (Lopezllera 2022, p. 142).

La economía solidaria está orientada a la reproducción de la vida y podría constituir uno de los puntos de partida para la creación de una cultura productiva, solidaria y sustentable. Se trata de la construcción de sujetos de la sustentabilidad ecosistémica.

Hoy el desafío que tenemos es formar ecosistemas donde el humano deje de ser un ser extraño y se identifique con su “matria” aportando aquellos elementos muy propios, razón, voluntad, ingenio, arte, amor, trascendencia espiritual. Requerimos crear en nuestro interior consciente un sentir ecosistémico, para ello necesitamos reconocerlo en su fisonomía o estructura distintiva, su vitalidad, sus límites, sus componentes bióticos y abióticos, sus relacionamientos y cultivarlos más con prudencia que con ambición” (Lopezllera 2022, p. 131).

Generar tracción con éxito para nuevas formas de economía sustentable y solidaria requiere rebasar su anclaje en lo micro y el aislamiento de sus protagonistas, para que sea posible dotarse de una *agenda transformativa* e impulsarla creativamente desde proyectos y acciones. Este reto no puede ser soslayado, ya que organizaciones como las aquí presentadas son puntos de apoyo muy importantes en el intento de superar la crisis civilizatoria con una visión y valores comunes de tipo universal, como el respeto a la naturaleza, la equidad social y la justicia ambiental. Con todo el trabajo, la disciplina y aprendizaje que implican, éstas son rendijas abiertas por donde mana la luz de la esperanza.

REFERENCIAS

- Alcántara Ferrer, S. (1979). *Industrias colectivas del pueblo: un estudio de caso sobre industrialización rural en el sur de Jalisco*. México: Centro de Estudios Sociológicos-El Colegio de México.
- Alberoni, F. (1984). *Movement and Institution*. Nueva York: Columbia University Press.
- Arriortúa, N. (2022). Entrevista en el Centro para la Sustentabilidad Incalli Ixcahuicopa el 1 de mayo de 2022.
- Azzati, S. ... H. Vargas (2020). Economías populares en la pandemia. Grupo de Trabajo Clacso. <https://www.clacso.org/economias-populares-en-la-pandemia/>
- Barkin, D., y A. Sánchez Jiménez (2019). Sujeto revolucionario comunitario: fortaleciendo sociedades post-capitalistas. *Idéias*, 10, 1-41.
- Barreda, A. (2016). *El problema histórico de la destrucción ambiental del capitalismo actual*. México: Facultad de Economía, UNAM.
- BBVA (28 de septiembre de 2020). Hacia una economía sin contacto. *BBVA Research* [online]. ~~28 de septiembre de 2020~~. <https://www.bbvarsearch.com/publicaciones/hacia-una-economia-sin-contacto/>
- Chapela, G. y L. Merino (2019). Hacia una política forestal sustentable e incluyente. Los bosques de México, problemas y propuestas. En: L. Merino

- Pérez (Coord.) *Crisis ambiental en México. Ruta para el cambio*. Secretaría de Desarrollo Institucional, UNAM.
- Collins Harguindeguy, L. (2022). *¿Capitalismo moralizador o movimiento contracultural?* Tlaxcala: El Colegio de Tlaxcala/SEP/Conacyt.
- Códice Masewal (2017). *Plan de Vida. Soñando los próximos cuarenta años*. Cuetzalan: Tosepan.
- Copevi (2015). Entretejiendo futuros, testimonio de Luis Lopezllera. En: *Copevi 50 años. Semblanzas*. Centro Operacional de Vivienda y Poblamiento, A.C.
- Déniz, J. (2022). Economía política de la pandemia. Ni optimismo ni pesimismo paralizantes. En: A. Girón (Coord.), *Política fiscal y monetaria. Confinamiento, pandemia y recuperación inestable*. México: Instituto de Investigaciones Económicas-UNAM.
- Gaceta UNAM* (19 de junio de 2020). Redes Alimentarias Alternativas y estrategias de adaptación ante la covid-19. UNAM Global [online]. <https://bit.ly/39ZC0bE>
- Garrido, P. (2022). Entrevista en el Centro para la Sustentabilidad Incalli Ixcahuicopa el 30 de abril de 2022.
- Girón, A., y E. Correa (2022). *Finanzas multipolares. De la gran crisis financiera internacional al gran confinamiento*. México: Instituto de Investigaciones Económicas-UNAM.
- Hinkelammert, F. (2014). *Economía, vida humana y bien común. 25 gotitas de economía crítica*. San José: Editorial Arlekin.
- Hinkelammert, F. y H. Mora (2013). *Hacia una economía para la vida*. Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Jappe, A. (2011). *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Kovel, J. (2007). *The Enemy of Nature*. Londres: Zed-Books.
- Kuhn, T. S. (1962). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.
- La Coperacha (2013). La huelga refresquera que destapó una cooperativa. <https://la-coperacha.org.mx/huelga-refresquera-que-destapo-una-cooperativa/>
- Lopezllera, L. (2022). *Ante el colapso civilizatorio. Sociedad Civil Ecosistémica del siglo XXI*. Documento en formato PDF.

- Mendoza Hernández, A. (2012). Teoría de la regulación: Una lectura de las grandes crisis económicas. *Ola Financiera*, (12), 46-69.
- (2019). La Economía Social y Solidaria: como un desafío epistémico-práctico en la construcción de alternativas al desarrollo. En: T. Aguirre (Coord.), *Cambios en el capitalismo contemporáneo. Una perspectiva histórica* (pp. 403-421). México: Facultad de Economía-UNAM.
- (2022). La Economía Social y Solidaria en la pandemia: lo posible en lo inédito e incierto. En: P. Montiel y J. de J. Rodríguez (Coords.), *Covid-19. Tendencias, rupturas y alternativas en la crisis de la economía mundial* (pp. 241-258). México: Facultad de Economía-UNAM.
- (2023). Más allá de la normalidad. Por una reactivación económica transformadora, justa y sostenible en tiempos de pandemia. En: J.A., De los Reyes Heredia, O. Lozano Carrillo, P. Couturier Bañuelos y A. Mendoza Hernández Antonio (Coords.), *Repensar la economía social y solidaria*, (pp. 88-102). México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Mitra, E. (1995). La Tabiguera. Experiencia autogestionaria del MUP. En: M. Cervantes, M. Monroy y C. Zarco (Coords.), *De la Utopía a la Acción. Seis experiencias de promoción popular*. México: Universidad Iberoamericana.
- Moctezuma Barragán, P. (1999). *Despertares. Comunidad y organización urbano popular en México 1970-1994*. México: UAM-Iztapalapa/Universidad Iberoamericana.
- (2017). *Sembrando futuro en la región de los Volcanes. Procesos y propuestas para la sustentabilidad desde la Sierra Nevada*. México: UAM.
- Naredo, J.M. (2022). *La crítica agotada. Claves para un cambio de civilización*. Madrid: Siglo XXI.
- Ochoa, H. (2006). *Agricultura, sociedad y espacios productivos en el sur de Jalisco* [tesis de maestría Universidad Iberoamericana]. Puebla.
- Riera Fullana, J. (2016). *Ejido Colectivo Batopilas, su historia*. México: Creática Editorial.
- Robbins, L. (1980). *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica* (D. C. Villegas). México: FCE.

- Rojas Herrera, J.J. (2014). *La formación del movimiento cooperativo en México: antecedentes organizacionales y momento constitutivo*. México: Universidad Autónoma Chapingo/Juan Pablos.
- Saito, K. (2022). *La naturaleza contra el capital. El ecosocialismo de Karl Marx*. Madrid: Bellaterra Edicions.
- Sociedad Cooperativa Trabajadores de Pascual (1989). *Experiencias Económicas en las Organizaciones Autogestivas. Éxitos y Fracasos*. Chapingo: Universidad Autónoma de Chapingo.
- Spash, C.L. (2020). *Fundamentos para una economía ecológica y social*. Madrid: FUHEM Ecosocial/La Catarata.
- Toledo, M.V., y E. Ortiz. (2014). *México, regiones que caminan a la sustentabilidad. Una geopolítica de las resistencias bioculturales*. México: Universidad Iberoamericana Puebla.
- Torres, S. (2014). Sociedad Cooperativa de Trabajadores de Pascual. 1er Encuentro de Economía Social en México. https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/115056/Pascual-Salvador_Torres_Cisneros.pdf